

La corta vida del emigrante Miguel Cerviño. Un minero triste

Haifa Regal Cerviño¹

Nunca más regresé a Fomento, aquel pequeño pueblo en el declive del Escambray². Creo que cuando lo haga me parecerá ver a mi abuelito Miguel, echado sobre el piso immaculado del portal, tomando su acostumbrada siesta, dándole, de paso, a su enjuto cuerpo el reposo merecido y a todos los vecinos saludándolo al pasar...

—¡Eh, gallego...!

Aunque explicaba con verbo paciente que era zamorano, siempre lo llamaron así —el gallego—, debió ser por la forma de sesear tan peculiar y diferente a los demás, o tal vez por ser el único español que se asentó en



Fomento, pueblo de acogida del emigrante Miguel.

¹ Agradecimientos. Primero, a la imperecedera memoria de mi abuelito, Miguel Cerviño Fernández. Segundo, a la también imperecedera, mi tía Elsa Cerviño Cárdenas, que tristemente ya no esta con nosotros; luego a mi madre, la mayor de sus hijas, por la lucidez de sus testimonios que sin ellos no hubiera sido posible este relato y por la bondad de cedernos sus fotos detenidas en el tiempo y que guardo con tanto celo; después al resto de sus hermanas Delia, Nora y Deisy Cerviño Cárdenas que, como son más pequeñas, la memoria les jugó una mala pasada pero que contribuyeron de alguna forma muy modesta a la confección de este trabajo; a mi hermana Hilda M^a Regal Cerviño, por su destacada ayuda a la hora de confirmar datos por Internet para garantizar la fidelidad de las fotos, fechas y hechos, y casi de último, no por esto menos importante, a la buena amiga María Antonia Fernández Mayo, a la que la llamamos cariñosamente Mayin, la historiadora de la Colonia Zamorana que tanto entusiasmo y apoyo nos dio para que saliera este trabajo, así como a las demás personas que de una forma u otra me dieron aliento para continuar.

² Ambos en la provincia de Sancti Spiritus, República de Cuba. (N.E.)



Miguel y su esposa en el pueblo de Fomento.

aquel perdido pueblo, lo cierto es que siempre respondía con cortesía a los saludos con un silencioso vaivén de su huesuda mano.

Jamás nadie supo de donde provenía ni como había llegado hasta aquel recóndito lugar, pues más bien era un hombre solitario, tímido y callado, hasta con mi abuela –según me cuentan– solía ser tan reservado que ésta se quejaba y con razón.

Solía recostarse a la baranda del portal y en sus pensamientos perderse en la lejanía, sólo él y Dios sabían de las tristezas que se encerraban en su endeble corazón, nunca nadie escuchó una queja de sus labios, aprendió a vivir a pesar del dolor de la ausencia y la distancia y supo dar a su familia del amor que le quedó.

Sólo una persona, con su aguda sutileza lograba arrancarle las palabras que se resistían a salir: su hija mayor, mi madre, y gracias a su notable memoria conocemos algunas intimidades y detalles de la vida del abuelo que para los demás guardo con tanto celo.

El abuelo Miguel nació el 29 de septiembre de 1899, en la comarca de Sanabria, Zamora, España, fue el único varón y el último (y no por eso el más bendecido) de los 5 hijos que concibió el matrimonio de Alfonsa Fernández y Miguel Cerviño que se conocieron y enamoraron entre abedules, fresnos, avellanos, y se quedaron a vivir en aquellos húmedos parajes, de relieves abruptos y crudos inviernos.

Como llegó al mundo luego de cuatro mujercitas, su padre le privó de tantos mimos pues ya con 7 años andaba pastoreando las ovejas por el valle, sabía muy bien como arrancarle lo mejor a ésa, su tierra, cuando cosechaba frutos y hortalizas que luego él y su padre vendían en las ferias del pueblo, aliviando de esta forma las cargas y pesares de las que quedaban en casa.



El abuelo Miguel.

De la casa donde nació él y sus hermanas muy poco se acordaba; sí que era espaciosa y humilde, parecida al resto de las casas rurales de Sanabria, pero la suya tenía una particularidad que la diferenciaba de las otras, y es que estaba dotada de un gran fogón en el que por el día se cocían los alimentos y en las noches invernales que traían las nieves ibéricas y cantábricas nunca les faltó buenas ascuas en el brasero para calentar a la familia que

solía reunirse alrededor de la chispeante lumbre, dándole sitio a algún paisano extraviado. Los niños bebían la humeante leche de cabra y los mayores degustaban algún vino de la tierra alzando hartos la voz.

En primavera era diferente, nuevos tintes coloreaban el paisaje, contaba el abuelo que era la fiesta de los niños, permanecían todo el día andando y desandando por los campos, saciando la sed con el agua que brotaba de las rocas y el hambre con frutos silvestres de las arboledas, disfrutando la naturaleza en todo su esplendor sin importarles nada de la vida.

También con la primavera, además de los tiernos brotes y el incesante piar de los pichones en sus nidos, renacía en la familia los más genuinos sentimientos religiosos, los domingos emprendían largas caminatas a la ciudad: las mujeres engalanadas con sus mejores atuendos, los hombres competían entre sí con sus botas relucientes, mi abuelo no tenía muy nítido el recuerdo de esos largos paseos ni de la ciudad intramuros, refería de sus calles adoquinadas, angostas y sombrías, sí, le impresionaban a esa corta edad los palacios de amplios portales, las plazas engalanadas las casas y edificios adornados de flores y efigies en los balcones y miradores. Aún así, no debió sucumbir ante esa arquitectura pues siempre prefirió la vida sana y apacible del campo.

El destino final era la catedral de la plaza, para asistir a misa, a mi abuelo le causaba admiración la cúpula bizantina³ por la que penetraban por sus altos ventanales y vitrales cientos de haces de luces, que ofrecían un festín indescriptible dentro de aquella morada de paz, tan necesitada en aquellos convulsos años. Imagino a mi abuelo dejándose transportar, flotando sobre aquella agradable mezcla de incienso, flores recién cortadas y las ropas limpias con olor a colonia de los feligreses que allí encomendaban su alma al Señor.

Él le rogaba que le permitiera salir de aquel lugar, aunque fuera a la guerra⁴, sus padres suplicaban que no se llevaran a su hijo, por temor a perderlo, como les había sucedido a tantas familias de la comarca que les arrancaron a sus hijos y nunca más regresaron, tal vez murieron y sus cuerpos insepultos quedaron olvidados en no se sabe cual punto lejano de la geografía, a merced de los inexorables estragos del tiempo.

Al concluir la misa las niñas salían corriendo a husmear en las mesillas de los vendedores, las mujeres hablaban de sus cosas entre risas, los hombres y los niños conspiraban acerca de la situación política y económica del país, así como de los últimos acontecimientos de los contornos. Cada día más familias

³ El autor debería referirse a Puebla de Sanabria, pero la descripción se refiere a la Catedral de Zamora. (N.E.)

⁴ Debe de referirse a las guerras de Marruecos de los años 20 del pasado siglo. (N.E.)

zamoranas quedaban desmembradas, muchos de sus integrantes emigraban a otros países, huían de la guerra, de la pobreza, del hambre; los destinos eran tierras lejanas del otro lado del mar: Argentina, Uruguay... pero la isla de Cuba en particular el endulzaba los oídos de muchos castellanos, entre ellos, los de Miguel.

Cuando mi abuelo cumplió los 16 años, bebió por vez primera con su padre una gran jarra de vino, hablaron de los penosos tiempos que vivían, de cómo las mujeres de la casa ya tenían las marcas prematuras en sus rostros del trabajo y el cansancio, de cómo se puede salvar la vida del menor y único varón de la familia en edad del servicio si no era huyendo de la guerra y de la muerte.

Esa noche se habló del viaje a Cuba, pero no iría solo, ya su padre había pensado en su sobrino Manuel, que era un poco mayor que mi abuelo, lo acompañaría; mi abuelo no opinó, sólo escuchaba absorto, pero de tanta emoción su corazón parecía a punto de estallar.

Todo se fraguó a espaldas de la madre y ya, cuando sobre el brasero se extinguían las últimas ascuas y en el frío cielo se asomaba una tímida luz, se había decidido el futuro de mi abuelo Miguel. Unos días después zarpaban en un desvencijado buque por el puerto de Vigo, lugar más cercano a Zamora y conocido por todos como punto de embarque para ir a América.

Nadie los acompañó para despedirlos, solos con sus valijas frente al mar, dejaron atrás cientos de recuerdos, aquel doloroso adiós anunciaba un no retorno y yo pienso que esto marcó para siempre la tristeza y el carácter taciturno de mi abuelo, cuando se convirtió en un emigrante más de aquella, su generación.

De la larga travesía mi abuelo no recordaba o tal vez no quería recordar por lo dolorosa, muchas cosas. Según él fueron varios días y noches, cientos de hombres hacinados en camastros sobre cubierta, algunos se quejaban y vomitaban no acostumbrados a los vaivenes de las olas, otros en voz baja, entonaban cánticos de sus tierras, mi abuelo y su primo soñaban planes entre susurros mientras se lustraban sus botas constantemente.

Llegaron al puerto de Santiago de Cuba, ciudad próspera de la isla cubana,



Buque en el que llegó Miguel por Santiago de Cuba.

una lluviosa mañana de 1915 y eso si lo retuvo muy bien en su memoria, pues sus lustrosas botas se enlodaron al pisar suelo cubano, y, como buen zamorano que cuidaba su porte y aspecto creyó que era un mal presagio. A pesar de sus premoniciones enfrentó el reto.

En los siguientes días no les fue difícil encontrar trabajo en las minas de

El Cobre, pues, no más arribaron a puerto, fueron recibidos por unos paisanos que oerteneían al Comité de Ayuda a Emigrantes. Como venían con algunos patronímicos (sic) y recomendaciones fueron trasladados al pueblo minero del mismo nombre, El Cobre, y ubicados en una casucha muy modesta que solo les servía para descansar las pocas horas que estaban en la superficie, no obstante se sentían bien dispuestos. En estas minas que fueron descubiertas en 1530, se hallaba presente este metal tan importante en aquel entonces para la producción de armamento, dando origen a una aldea devenida luego en pueblo minero.

Algo más de 400 años de explotación hicieron desaparecer el cerro original del Cardenillo, convertido hoy en un enorme lago de cerca de 4 millones de metros cúbicos de agua, paisaje testimonio del daño ecológico ocurrido allí. Ya para entonces –según mi abuelo– se comenzaba a apreciar el agotamiento del yacimiento. Hoy en día los visitantes disfrutan de observar esta enorme “piscina” de verde esmeralda y luces reverberantes que desprenden las piedras de cobre cuando el sol las ilumina. Para mi abuelo hubieran sido muy reconfortante estas bellas escenas de aquel sitio que tantos recuerdos dolorosos le traían, nos relataba –que cuando descendían a las profundidades– y esto nunca lo olvido, bajaban hasta 12 horas diarias, a más de 36 grados de temperatura. Se debían esforzar demasiado para arrancarle a las entrañas de la tierra el precioso mineral con simples instrumentos de trabajo.

Fueron muchos años de trabajo forzado y eso se lo sentía su cuerpo de adolescente, en ocasiones, les rondaron las enfermedades y la muerte. Cada día les visitaba la nostalgia, pero nada los pudo doblegar y al cabo de 8 largos y agotadores años mi abuelo logro reunir una pequeña fortuna y pensó que era hora de probar suerte en la vecina y prospera ciudad de Camagüey, pues ya desde el año de 1823, un señor que se nombraba Gaspar Betancourt Cisneros, al que llamaban *El Lugareño*, se había interesado por un proyecto del ferrocarril desde su ciudad de Puerto Príncipe a la de Nuevitas.

El domingo 5 de abril de 1846 marcó la fecha de terminación del primer tramo del ferrocarril. A pesar de la lentitud con que avanzó la obra, creció desde Nuevitas, donde se construyó la estación bautizada como el “Número 1”, atravesando las fértiles tierras hasta Sabana Nueva en las cercanías de la capital provincial, siendo ésta la más moderna e importante vía de comunicación que se extendió a las demás provincias de la Isla, en 1923 llega mi abuelito a Camagüey.

Entonces tenía 24 años y solo lo acompañó la vieja y querida valija que trajo consigo de España y aquella persistente tos que adquirió en las profundas minas llamadas El Cobre.

Su primo Manuel, no persistió en su empeño y un año antes marchó a los EE.UU. a probar suerte. Doce meses después mi abuelo recibió una bella postal que en su reverso decía:



Fotografía de mi abuelo Miguel en su juventud.



Fotografía de mi abuelo Miguel en su juventud.

“Miguel: / Dicen que esto es el mundo de las maravillas con sus rascacielos, pero yo regreso a la Península. / (NW York)”.

Así de simple. El primo Manuel nunca se adaptó a vivir lejos de su tierra, de sus valles, de sus ríos y puentes, ni de sus antiquísimas murallas pétreas. Sucumbió ante lo sofisticado y regresó a sus raíces, contaba mi abuelo con nostalgia que nunca más supo de él.

Por aquellos años se estaba fomentando el ferrocarril en Cuba y la ciudad de Camagüey era una buena opción para los que llegaban de afuera, por eso mi abuelo, que tenía una fina agudeza para descubrir donde se hallaba el fruto del sudor, no tardó en conseguir trabajo; primero como despedidor. Luego se fue superando y llegó a ser maquinista, de esta forma también sus economías fueron aumentando de forma discreta.

Mi abuelo recordaba con gran claridad y para su beneplácito, como en aquellos años se fundó en dicha ciudad la *Sociedad de Zamoranos en Cuba* y no tardó en hacerse socio, allí vivió momentos de mucha alegría reencontrándose con sus paisanos y charlando de las cosas de su tierra, como quien dice poniéndose al día luego de tantos años. Allí también pudo constatar la triste historia de la emigración y la secuela de dolor que deja para siempre en quienes la protagonizan, aunque estos traten de dar otra imagen a la vista de los demás. Allí conoció la dolorosa historia de la niña Carmen, que salió de su casa un día de vacaciones con su padrino a Cuba a conocer el país del trópico, ya en estas tierras el señor se enamoró de una cubana y decidió no regresar más a la Península quedando la criatura de 7 años apartada para siempre de su familia a la que nunca restituyeron, la inocente quedó dividida en dos mitades para el resto de su vida, pero ésta es otra historia.

En uno de sus incesantes viajes a la Ciudad de Trinidad conoció a la moza Rosalía Cárdenas Basso, mi abuela, y quedo tan fascinado con la bella guajira cubana que un año después estaban casados y fueron a vivir en Fomento, un



Carné sindical de mi abuelo Miguel.

pueblo que se encuentra, en el macizo montañoso del Escambray. Estoy segura que algo de esa áspera geografía le recordaba su tierra natal. Pronto le empezaron a nacer las hijas, todas mujercitas hasta completar cinco, y allí trabajó muchos años en el central Santa Isabel, hoy Ramón Ponciano.

Este central fue fundado en 1920 fenómeno este bastante curioso, porque surge al calor de la especulación

azucarera y a las puertas de la crisis económica mundial del 20 al 21, en una región empobrecida, comienza a moler en 1921 y aún se mantiene activo a pesar del tiempo, pero en aquellos años constituyó el centro industrial fundamental de la localidad y fuente de empleo para cientos de trabajadores en las labores de la industria o la agricultura, entre ellos, muchos emigrantes provenientes de las provincias castellanas. Muchas familias zamoranas se asentaron según mi abuelo en la zona central de la isla.

Allí mi abuelo primero comenzó como simple tranquero, luego pasó por la casa de máquinas y apenas se acordaba por cuantos puestos de trabajo, pero gracias al empeño que le dedicaba a todo en su vida se jubiló como maestro de azúcar. Toda su existencia la destino a trabajar y aunque su maltratado cuerpo se resistía, él siempre le imponía una cuota de dolor y sacrificio. Cuando llegaba el llamado “tiempo muerto”, en que el central paraba por falta de la dulce gramínea, partía con su esposa e hijas a los campos de Ojo De Agua, allí sembraba la tierra, cosechaba café, trabajaba en la escogida de tabaco, en fin, todo en materia de trabajo era digno para él.



Miguel y su integración a los sindicatos.



La futura esposa de Miguel, Rosalía.

En su trabajo como azucarero mi abuelo se integró a los sindicatos como un cubano más, aunque siempre siguió siendo español. Conservó su carné de extranjero toda la vida.

Su esposa murió a la edad de 45 años y aún siendo mi abuelo un hombre joven y la menor de sus hijas apenas una adolescente, prefirió no volver a contraer nupcias y se consagró a velar por ellas con dedicación; es este otro de los motivos que tenemos para admirarlo porque siendo un hombre tan introvertido y rudo en el trabajo daba muestras de mucha ternura a la hora de educar a cinco muchachas.



Las cinco hijas de Miguel y Rosalía.



Miguel en la boda de dos de sus hijas.



Dos nietas de Miguel.



Los dos primeros nietos de Miguel.

Cada verano sus hijas y nietos coincidíamos en casa del abuelo. Su hija Hilda, la mayor, estaba muy unida a él y como el abuelo le correspondía con la misma devoción. Aceptaba hacernos estas historias, casi siempre interrumpidas por la incesante tos que al paso del tiempo se fue incrementando, representaba muchos más años de los que en realidad tenía, pues la vida lo maltrató desde bien joven, pero sus ojos conservaban el brillo inusual de los 16 y hablaban de la otra parte de las cosas que nunca quiso decir, con temor de que escapara de una vez, aquella lágrima a punto de caer. Ahora pienso que aquella pena de no saber más de su familia, la que había quedado del otro lado, lo fue consumiendo por dentro, como a la niña Carmen, de la que él solía decir que tenía ese no se qué en la mirada.

Mi abuelito Miguel murió una triste mañana del mes de junio de 1968, a la edad casi temprana de 68 años, digo temprana porque fue inesperada e irreparable para todos.

Aún puedo evocar aquella escena, a pesar de mi corta edad. Vi a mi abuelito, allí acostado, su diminuta figura desgarbada, colocada dentro de un féretro, en su propia casa, la que hizo con sus delgados brazos, rodeado de toda su familia y de los amigos que lo llamaban dulcemente: *el Gallego...*, aunque el tratara de explicar con su paciente verbo que era zamorano y con su huesuda mano nos daba un triste adiós.

Este es legado material que el abuelo Miguel nos dejó, algunas fotos y pocos documentos sobre su identidad zamorana. Este sanabrés, fugaz en su paso por la vida, dejó su huella, una familia compuesta por cinco hijas, nietos y biznietos. Como la vida hace círculos en su andar, una biznieta de Miguel vive ahora en la Zamora que lo vio nacer. Ha visitado su pueblo de origen y es ahora, una emigrante, joven como él, sola, abriéndose paso en la vida tal cual lo hizo su abuelo, con la misma nostalgia de la separación aunque en otro contexto, en el cual, la modernidad acorta la distancia. Tal

como Miguel fue *El Gallego* en Fomento, su nieta, Claudia será “la cubana” en Castroverde⁵.

Quizá se reedite aquello de: –“¡Eh gallego...!” y cuando los transeúntes pasen por las calles de Castroverde, le digan a Claudia: –“¡Eh cubana...!”.

La corta vida del emigrante Miguel Cervío. Un minero triste


 REPUBLICA DE ESPAÑA
 REGISTRO DEL ESTADO CIVIL
 CERTIFICACION DE DEFUNCION

No. DE SOLICITUD 2122

Para su expedición en LUGAR
 Para su expedición en Otro punto de inscripción

Estado LIBRE
 EMBAJADA
 EJERCICIO LEG. No. 41
 DE 24-11-68

No. de inscripción 21 | 293

Municipio Fomento | Provincia Sancti Spiritus

DATOS DE LA INSCRIPCIÓN

Nombre y apellidos del difunto Miguel Cervío Pascando
 Lugar de nacimiento Castroverde | España | Vasco
 (Municipio) (Provincia) (País)
Viejo | 68 años | Pubilado
 (Edad Civil) (Sexo) (Profesión o Oficio)

Nombre(s) y apellidos del padre Miguel
 Nombre(s) y apellidos de la madre Alfonsa
 Lugar del fallecimiento Calle Mateo Fomento
 (Municipio) (Provincia) (País)
 Concreción en que se dispuso la sepultura Fomento
 Fecha del fallecimiento 2 | 11 | 3 | Junio | 1968
 (Día) (Mes) (Hora) (Año)

OBSERVACIONES:

EL REGISTRADOR DEL ESTADO CIVIL DE Fomento | Sancti Spiritus
 (Municipio) (Provincia)

CERTIFICACION - Que los datos de esta inscripción concuerdan íntegramente con los que aparecen consignados en la acta de defunción a que hace referencia.
 Hecho en: Castroverde | Fecha de expedición 26 | 8 | 73
 (Municipio) (Día) (Mes) (Año)
 Confrontada por: MP


 REGISTRO DEL ESTADO CIVIL
 FOMENTO Y CASTROVERDE

Acta de defunción de Miguel Cervío.

⁵ Ayuntamiento de la provincia de Zamora, en la comarca de Tierra de Campos. (N.E.)